

trio. No obstante, no pretendemos usar de estas provisiones sino en calidad de Pastor universal. Pero ¿podeis ignorar lo que hicieron en este punto los Papas nuestros predecesores, sin que se opusiese jamás á ello la Inglaterra? Alguna vez nos habeis pedido vos mismo ciertas reservas. Vuestros consejeros deben saber las penas canónicas que están impuestas á los que hacen reglamentos perjudiciales á la libertad eclesiástica. Esta viene del cielo, y no de los hombres. El Señor mismo dió á la iglesia romana el primado sobre todas las demás. Ella instituyó todas las iglesias patriarcales, metropolitanas, catedrales, con todas sus dignidades; y á su Pontífice corresponde la plena disposicion de todas las iglesias, dignidades, personados, oficios y beneficios." Unas pretensiones tan vastas exigian algo mas que esta simple alegacion, y así es que la firmeza de Eduardo no cedió en sus pretensiones contrarias.

31. El Papa Clemente, con un derecho tan poco fundado relativamente á la soberanía de las islas en general, como á los beneficios de Inglaterra, dió al mismo tiempo á Luis de la Cerda ó Luis de España las islas afortunadas, que llamamos ahora Canarias, tomando el nombre de la principal de ellas (1). Descendiente de Fernando, hijo primogénito de Alfonso el Sábio, Rey de Castilla, y de Blanca, hija de San Luis, se presentó en Aviñon este caballero en calidad de embajador de Francia, espuso que

(1) *Valsing. pag. 165. -- Rain. 1344. num. 39.*

las islas afortunadas estaban habitadas por infieles que no reconocian á ningun Príncipe cristiano; protestó que estaba pronto á derramar sus bienes y su sangre por establecer en ellas la Religion, y pidió al Papa la propiedad de dichas islas. En virtud de su autoridad apostólica le confirió Clemente su dominio con toda la jurisdiccion temporal, y le instituyó Príncipe de ellas, poniéndole una corona de oro en la cabeza, con la condicion de que pagase á la iglesia romana un tributo de cuatrocientos florines de oro: para lo cual se creyó suficientemente autorizado con el egemplo de Urbano II y de Adriano IV, que no pidieron tanto, el uno para conceder la Irlanda al Rey de Inglaterra, y el otro la Córcega al obispo de Pisa. Lo que deberia causarnos aquí mayor admiracion, seria la sencillez de los Príncipes; pero ya hemos visto á los de estos últimos tiempos autorizarse con semejantes concesiones pontificias para conquistar otros muchos paises de infieles, y aun las islas Canarias, de que no pudo apoderarse Luis de la Cerda, á cuyo fin se apropiaron sus derechos.

32. En el mismo año de 1344 se vió un nuevo proyecto de expedicion contra los infieles de oriente; pero no tuvo otro efecto que el de dar á entender cuánto habia variado en este punto la moda y las inclinaciones de los hombres. Como los turcos se iban haciendo cada dia mas formidables, consiguió el Papa Clemente que el Rey de Chipre, el gran maestre de Rodas y el dux de Venecia se

coligasen contra estos terribles infieles, aprontando el mismo Pontífice cuantiosas sumas á espensas de la cámara apostólica, y dando cuatro galeras, cuyo mando confirió á un genovés inteligente, llamado Martin Zacarías, con el título de almirante de toda la escuadra cristiana. La direccion general de la empresa, que debia durar tres años, se confió á Enrique, patriarca latino de Constantinopla. Queriendo el almirante Zacarías, maltratado en otro tiempo por el Emperador Andrónico, quitar á los griegos la isla de Chio, prohibió el Papa severamente este acto de hostilidad, que no podia menos de entorpecer la reunion de las dos iglesias. Al mismo tiempo hizo al gran maestro de Rodas, Helion de Villanueva, unas advertencias circunstanciadas, que demuestran cuánto habia decaido el primitivo espíritu y la emulacion de este orden despues de la supresion de los templarios (1).

Se vé por ellas que juntamente con las riquezas se habia introducido entre aquellos héroes de la religion la vida afeminada y el fausto; que tenían buena mesa, vestian con lujo, se servian de vagilla de oro y de plata, y en vez de alimentar á los pobres mantenian una porcion de perros yalcones, ó acumulaban tesoros sobre tesoros; que poniendo toda su gloria en presentarse con caballos ricamente enjaezados, no hacian caso de la defensa de los peregrinos ni de la propagacion de la fe; y que esta indiferencia, la dureza y aun la discor-

(1) *Rain. ann. 1343. num. 5.*

dia se estendian hasta el centro de su orden, la cual no pagaba las pensiones á los hermanos que la servian, ni á los sacerdotes. Añade el Pontífice que se habia tratado de establecer una nueva orden militar, dotada con una parte de las rentas de los hospitalarios, para restablecer la emulacion, cuya falta les era tan perjudicial; y los exhorta á que se porten de tal modo en la presente espedicion, que no parezca necesario un remedio tan duro.

33. El dia señalado para reunirse era el de Todos Santos, y el parage la isla de Negro-Ponto, donde se acudió tan anticipadamente que el 28 de Octubre se habia despojado ya á los turcos de la ciudad de Smirna en Asia (1). Fue tomada por asalto, y se hizo en ella una horrible carnicería, pasando á cuchillo no solo á los turcos y sarracenos armados, sino tambien á los viejos, á las mugeres y á los niños. Al momento se purificaron las mezquitas y se celebraron en ellas los divinos officios, procediendo en seguida á poner la plaza en estado de resistir el ímpetu furioso de los bárbaros, cuya venida se esperaba de un instante á otro. En efecto, el terrible Morbassan, comandante de los turcos en aquel país, se presentó inmediatamente á embestir á Smirna con treinta mil caballos y una infanteria innumerable. Pero despues de tres meses de sitio en que perdió mucha gente sin adelantar nada, se retiró á los montes con la mayor parte de sus tropas, no dejando mas que las que eran

(1) *Vill. lib. 12. cap. 38. = Rain. ann. 1333. num. 1. et seq.*

necesarias para continuar ó defender las obras del sitio. Instruidos los sitiados del estado de las cosas, salieron de la plaza en gran número, mataron una porcion de turcos, pusieron en fuga á los demás, y se apoderaron del campo de batalla con todos los efectos de guerra.

Los vencedores fueron tambien sorprendidos, pues al tiempo en que estaban sumamente regocijados en el campo por su triunfo, y cuando el legado celebraba allí el santo sacrificio en accion de gracias, Morbassan, que tal vez se habia retirado con esta esperanza, y tuvo aviso de lo que pasaba por los señales que se le hicieron, salió precipitadamente de los montes bien acompañado, acometió á los cristianos que se hallaban muy agenos de pensar en este golpe, los derrotó y los dispó, sin ningun trabajo. Quinientos de los mas valientes que quisieron hacer resistencia, perdieron la vida, como tambien el legado, el genovés Zacarias, Pedro Zeno, veneciano, mariscal de Chipre, y muchos caballeros de Rodas. Los fugitivos pudieron entrar en la ciudad, y continuaron defendiéndose en ella.

Informado el Papa de este descalabro, nombró por legado de la cruzada á Raimundo Saguet, obispo de Teruana, y á Bertrando de Bauce por capitán ó comandante en gefe de las tropas: dos hombres justamente célebres, cada uno en su patria, el caballero de Bauce por su valor y por su pericia en la guerra, y el obispo de Teruana por la prudencia

y sabiduría de sus consejos. Pero el Rey Felipe detuvo á uno y á otro como necesarios á su servidumbre en las continuas inquietudes que le causaban los celos de Inglaterra. Con este motivo se reprobaron semejantes armamentos contra los infieles, porque se empezaba á observar que solo servian de inspirarles mas furor contra los cristianos y mayor aversion al cristianismo. Felipe escribió con términos mas moderados al Papa, el cual respondió que no habia pretendido que saliese nadie de Francia sin la anuencia del Soberano, y que los dos sujetos que S. M. quería retener, tenían la mas amplia libertad para condescender con sus deseos.

34. Para mandar el ejército cristiano nombró el Papa en lugar del caballero de Bauce al delfin del Vienés, que lo deseaba con vivas ansias, y prometió llevar consigo cien guerreros mantenidos á sus espensas mientras durase la guerra santa. Era este el famoso Humberto II, bastante memorable por la donacion que hizo del delfinado á uno de los hijos del Rey de Francia despues de la muerte de su propio hijo, sin que sea necesario adornar este suceso con circunstancias que parecen enteramente fabulosas. El primer tratado quedó concluido en Vincennes el dia 23 de Abril de 1343, y el delfin se embarcó para Asia en el verano del año 1345. Humberto gustaba mucho de variar de objetos en sus pasatiempos y en sus ocupaciones, de modo que le era muy difícil fijar la atencion de los demás hombres con algun progreso señalado: y así no estaba

él reputado por gran guerrero en la corte de Aviñón, donde causó no poca sorpresa verle de repente general de la cruzada. No fue gloriosa su expedición, no tanto por culpa suya, como por las turbulencias de Europa que no permitieron percibir los diezmos ni dar á los cruzados los demás auxilios necesarios. Por tanto, obligó el Papa á su general á hacer una tregua con los turcos, y prohibió al mismo tiempo á Humberto, siempre pronto á variar de plan y de conducta, que tomase parte en los asuntos de Juan Cantacuzeno, que se hizo coronar Emperador en el año 1346, valiéndose para ello del socorro de los turcos contra el joven Emperador Juan Paleólogo.

Habia hecho el delfin que en su viage ultramarino le acompañase su muger, la cual murió en la isla de Rodas. Tenia á la sazón treinta y cinco años; le instaban por todas partes á que volviese á casarse, y si adoptando este pensamiento hubiese tenido hijos de la nueva esposa, quedaban sin efecto todos los tratados entre él y la Francia. En estas críticas circunstancias ocurrió una variación enteramente nueva por parte de Humberto, que fue muy útil á Felipe de Valois; y fue que estando para casarse el delfin con Juana de Borbon, la cual se casó despues con el Rey Carlos V, se fastidió del mundo cuando menos se esperaba, y entró en el orden de Santo Domingo. Para fijarle en este género de vida y libertarse de cualquiera inquietud que pudiera causar en lo sucesivo, el Rey Juan, suce-

sor de Felipe, consiguió del Papa que le confiriese en algunos dias todas las órdenes sagradas. En las tres misas de Navidad le hizo Clemente VI subdiácono, diácono y presbítero, y al cabo de ocho dias obispo y patriarca titular de Alejandría. Poco despues se le dió el arzobispado de Rems, y no estando muy contento con él, pidió, con pretesto de su quebrantada salud, una diócesis menos vasta y mas tranquila. Halló el fin de su vida y de su instabilidad en Clermont, provincia de Auvernia, en el convento de sus hermanos, cuando iba á pedir al Papa que le trasladase á la silla de París. Sinceramente adicto á su orden, cuyo hábito conservó sin embargo de su promoción á la dignidad episcopal, instituyó por herederos de todos sus muebles y alhajas á los frailes predicadores de París, eligió la sepultura en que se le habia de enterrar, y le llevaron á la iglesia que tenian en la calle de Santiago, donde se vé todavía su epitafio. Si no se le pueden atribuir las cualidades brillantes de los héroes, los monumentos sólidos de su celo y de su beneficencia atestiguan por lo menos que ejerció todas las virtudes útiles de un verdadero cristiano y de un excelente Señor.

35. El Papa Clemente estendió su solicitud mas allá de los confines de Grecia, hasta la Armenia y la Asia superior (1). Habiendo pedido auxilio el Rey de Armenia á Benedicto XII contra las continuas incursiones de los infieles que le rodeaban, se ha-

(1) *Rain. ann. 1346. num. 68. -- Vading. eod. ann. num. 1.*

bia aprovechado de aquella coyuntura el piadoso Pontífice para acabar de extirpar la herejía de Eutiques, que continuaba todavía sosteniéndose en dicho reino. A este efecto habia persuadido al católico ó patriarca á que celebrase un concilio. Este patriarca congregó sus obispos del mejor modo que pudo, hizo que se condenasen los errores de que le habia enviado una nota Benedicto, y remitió las decisiones á Roma con los mismos diputados. En las cartas que les entregó, reconocia al Papa por Cabeza de todas las iglesias, se ofrecia á suprimir en los libros de la suya todos los errores que se hallasen contrarios á la fe de la santa Sede, y pedía para su mayor instruccion la coleccion de las decretales con el famoso decreto de Graciano que se habia hecho célebre aun en aquel rincón del oriente. Clemente, que habia sido elegido en este intervalo, le envió la coleccion tan alabada, como un preservativo superior contra los errores que procuraba esparcir el espíritu de mentira en toda la estension de la Iglesia. Hizo que se la llevasen dos legados, á saber, Antonio, obispo de Gaeta, y Juan, electo obispo de Coron, encargando que se les oyesen con docilidad, y prometiendo ayudar á los armenios ortodoxos en todas sus necesidades.

Creyó tambien que debia prevenir al arzobispo de Sultania en el mismo reino y á sus sufragáneos, para que estuviesen alerta contra las sutilezas proscribas de los fraticelos, que habian penetrado hasta aquellas regiones orientales: ¡tan activo es el es-

píritu de secta en hacer prosélitos, aunque sea en la ínfima clase del pueblo, cuando no puede atraer á sí las personas distinguidas! Un fraile menor, llamado Poncio, en el cual se habia provisto el arzobispado de Seleucia en el patriarcado de Antioquía, habia compuesto un comentario sobre el Evangelio de San Juan, en el que sostenia, acerca de la pobreza evangélica, los errores que habian sido condenados por la santa Sede. Le tradujo en lengua armenia, ensalzó la sublimidad de esta doctrina, haciendo grandes elogios de ella á aquellos buenos orientales, y les dió copias de su traduccion. El Papa advirtió á los obispos de Armenia, que semejantes principios estaban condenados por la santa Sede, y que debian refutarlos, ó á lo menos desecharlos con horror. „En cuanto al arzobispo Poncio, les dice, obligadle á abjurar formalmente en presencia del clero y del pueblo.” En muchos países de occidente continuaban sosteniéndose los mismos errores, á pesar de las leyes rigurosas de la inquisicion, sucediendo esto en las provincias donde los inquisidores eran franciscanos; y á la verdad, como eran de la misma orden algunos fraticelos, no es extraño que los persiguiesen con menos ardor.

36. La inclinacion á las cuestiones vanas y á la falsa metafísica que reinaba entonces en las escuelas, produjo otros muchos errores, ó por mejor decir, absurdos y quimeras, bien que muy á propósito, segun las ideas de aquel tiempo, para ha-

cer hereges ó incrédulos. Tales eran, entre otras sesenta, estas proposiciones de Nicolás de Auticourt, profesor de la universidad de París (1).” Dos contradictorias pueden significar una misma cosa: es imposible demostrar que todo lo que existe no es eterno: para todos los seres naturales no se necesitan mas que átomos y movimiento local.” Todas estas aserciones fueron proscritas por la universidad y por la Silla apostólica siempre atenta á sofocar los gérmenes de la heregía luego que se atrevían á manifestarse, por poco que fuese. No basta para la defensa del autor decir que eran hipótesis ó discusiones puramente filosóficas, puesto que se quemaron públicamente sus escritos, y se obligó al autor á que confesase que eran falsas todas sus aserciones, muchas de ellas erróneas, y algunas absolutamente heréticas.

37. Lo mismo se hizo con cuarenta proposiciones, contenidas en las obras de un monge del Cister llamado Juan de Mericourt, acerca de las voliciones de Dios y la pecabilidad de los hombres. Presentaré aquí algunas para que se vea cuán bien juzgó de ellas Fulco de Chanac, obispo de París, calificando unas de erróneas y otras de sospechosas en la fe. „Aunque Jesucristo por su voluntad criada haya podido querer alguna cosa que no debia suceder jamás, de cualquier modo que Dios quiera, quiere eficazmente que suceda así. Dios quiere

(1) *Du-Boul. tom. 4. pag. 308. et seq.-- D^e Argent. Coll. jud. part. 1. pag. 55. &c.*

que una persona peque y que sea pecadora, y lo quiere por una mera voluntariedad. Dios es causa de que existan el mal y el pecado.” Sin embargo de este rígido predestinacionismo, admitia Juan de Mericourt la doctrina de los semipelagianos; pues dice tambien que hay predestinados que lo son á causa del buen uso que previó Dios harian de su libre albedrío: lo que entendia de las buenas obras hechas sin el auxilio de la gracia.

38. Parece que este hombre que se estraviaba así en estos conceptos incoherentes, tomó la primera parte de sus errores del libro de Tomás Braduardin, arzobispo de Cantorberi, intitulado: *La causa de Dios contra Pelagio* (1). A lo menos se advierte mucha conformidad en la doctrina de estos dos autores acerca de la falsa necesidad del pecado, y de la eficacia de todas las voluntades de Dios. Braduardin fue impugnado fuertemente por los mas ilustres doctores de su tiempo, y en especial por el sábio carmelita Bacon, el cual le obligó á darse por vencido. Por tanto, quedó su obra sepultada en el polvo de las bibliotecas, hasta que la dieron á conocer los protestantes, publicando que Braduardin habia sido su precursor en las materias relativas á la gracia, y el defensor casi único de lo que ellos llaman verdad (2): elogio infame, que le pone en oposicion con el torrente de los doctores de su siglo, y sin duda alguna lo han ignorado los

(1) *Du-Boul. et Argent. ubi supra.* (2) *Illeric. app. ad Catal. Test. Verit. = Cassad. epist. ad Herm.*